Carlos Real de Azúa: *Antología del ensayo uruguayo*. Tomo II.
Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1964.
Págs. 404-407.

Arturo R. Despouey (1909)

Con citas de "**Motivos de Proteo**" y prólogo condescendiente de D. Eduardo Ferreira, se inició la carrera literaria extraña y discontinua de Arturo Despouey. "**Santuario de Extravagancias**" (1927) y "**Episodio**" (1930) son dos relatos olvidados y olvidables llenos –o mejor dicho: deleitosamente atiborrados- de la parafernalia entera de esa "vida moderna" que en su momento portó, para los golosos orientales, todo lo que por más o menos "demoníaco" podía fungir. En 1930, Despouey llamaba **novelón infame** a su primera narración; es probable que, de haberse expedido públicamente en 1933, hubiera calificado a la segunda en la misma forma. Porque, en verdad, sólo el repertorio completo de las novedades tardías de los "twenties" era lo que existía en ellas. Y si nos demoramos en su mención es porque toda la trayectoria literaria y vital de Despouey podría bipartirse en estas etapas: la del esnobismo hecho categoría y la del repudio, burla e incineración de todo esnobismo.

Para que esto ocurriera, Despouey tuvo que convertirse primero en el promotor de una crítica cinematográfica en serio, y exiliarse (virtualmente) desde 1942 hasta hoy, en funciones vinculadas a la propaganda aliada e inglesa primero, durante la Guerra Mundial y en organismos internacionales (O,N,U. y U,N.E.S.C.O.), después. Los últimos años lo muestran ásperamente hostil hacia la mayoría de las que pudieran considerarse las vigencias de la sexta y séptima décadas: la "escuela de París", las varias olas nuevas del cine, el conformismo sin tragedia y la masificación social. También lo señalan rotundamente adicto a los valores de la madurez clásica, de la tradición del equilibrio, del "regreso a las fuentes", de una enquiciada vida interior, de la sabiduría, esa **acumulación en la sangre de toda la experiencia de siglos**. En literatura, y sobre todo en teatro, este regreso lo ha llevado a colocar el acento sobre las virtudes de la construcción, la inteligibilidad y la capacidad de comunicación emocional de sus obras.

Pero Despouey no se agota en un esquema conceptual ni se termina en sus haceres y papeles. Más allá de los dos relatos ya citados, de su primer drama "**Puerto**", de "**Impromptu Isabelino**", de su teatro en inglés casi desconocido "**Dinner is served**", "**After they've seen Paree**", etc.), de sus originales conferencias, del crítico cinematográfico y teatral seguro, demoledor, irreverente (desde "**El Nacional**" y "**Cine-Radio-Actualidad**", de 1936 a 1939), de sus esperadas serie del "**El País**", bastante regulares desde 1953 (sus "**Memorando sobre Broadway**" o sus "**París de noche**"); después de todo eso, todavía queda la fuerte, irrepetible y provocadora personalidad que Despouey es, deleite de memorialistas, aunque sean parientes ("**La ventana interior**" de Asdrúbal Salsamendi), eficiente "appoggiatura" para inventivos caricaturistas, auque sean amigos ("**El Paredón**", de Carlos Martínez Moreno).

Es que en Despouey sobreviven muchos "tics" y exterioridades de ese dandysmo de los tiempos de Julio Herrera y Reissig y Roberto de las Carreras que también, como el suyo,

quiso ser una contundente respuesta al desafío de lo lugareño. Una rara mixtura de agresividad y de ternura (una ternura encapsulada en su opulento, burlesco extrovertirse), de sarcasmo y de ganas de ser gustado, una especial predilección por la frase feliz y el gesto funambulesco, han hecho de los retornos de Despouey a su comarca una experiencia y un espectáculo gustado por muchos y exasperante para un buen número de gentes.

El tema central del pensamiento de Despouey es casi indistinguible de su actitud vital, ya que parece tan incapaz de cualquier impersonalidad desprendida como del mero, vegetativo existir. Este tema y esta actitud vital es el del contraste de aquellas dos entidades que Eduardo J. Couture llamaba **la comarca y el mundo** o, por mejor decir, el Montevideo céntrico y preciso de los cafés y calles de la "ciudad vieja" y "nueva" y Europa, más que nada, y los Estados Unidos. (O todavía, como podría alguien ceñirlo aún, **between Paree and Twepee** …). Mucho del detonante chisporroteo verbal de Despouey ha sido la denuncia de la aldea y los puntos de vista lugareños, el anatema de una psicología –presunta o real- del uruguayo, hecho, según él, de miedo al amor y a la vida, de inmadurez y soledad, inmovilismo físico, tristón pero satisfecho, miedo al que dirán. Él, para trasponer todos esos maleficios, adoptó la vía individual del desarraigo, de la fuga del país, en lo que bien puede representar el caso de muchos escritores de varias generaciones –desde Hugo D. Barbagelata hasta algunos presentes- que han vivido o viven lejos de aquí pero casi nunca desatendidos de su significación y prestigios lugareños. En Despouey, su primer y candoroso apetito de experiencia, de calidad, de universalidad tomó un rumbo casi inevitablemente hedónico-estético y la desafiante invitación a irse, la convocatoria a seguir su ejemplo fue la oferta de gozar, hasta las heces, los temblorosos primores de un mundo que siempre parece en su penúltima hora.

En una página magistral, Carlos María Gutiérrez ("**Marcha**", nº 963) ha señalado con veracidad la función precursora de Despouey respecto al inconformismo de la generación que le siguió; debe marcarse, sin embargo, que mientras que su inconformismo siguió el trámite de un aventino individual, el de sus seguidores ha tendido a inscribirse dentro del propio país y en el esfuerzo por quebrar, desde él, el aparato bien aceitado de sus rémoras. También ha diferido de su estilo la tentativa por alcanzar las madureces y calidades culturales que Despouey ve faltar en el uruguayo (esa docilidad y coraje del vivir, esa capacidad de compasión y comunicación…). Pues es el caso que esa promoción seguidora ha pensado, en general, que madurando lo inmaduro y calificando la pura cantidad (tan flaca, igualmente) es que se tramontará la cuesta y no solo (y no tal vez) enarbolando una antítesis que bien puede agravar la impotencia, y hacer más espeso el encandilamiento colonial.

El texto seleccionado en este libro tiene todo el valor de una visión del Uruguay y de su singularidad juzgados a través de alguien que, en casi un cuarto de siglo, ha reflexionado mucho, y verbalizado más, sobre una tierra que nunca ha dejado de atarlo con una secreta y regustada nostalgia. De una irónica evocación de su militancia de crítico de cine rabiosamente esteticista y formalista llega Despouey en este artículo a esa teoría de la **utopía en bandeja** que tanto pudo simbolizar la fácil escapada del cine, dios mayor de una cultura de consumo, como a la misma nación y sus presuntas perfecciones, izadas sobre el pequeño escenario de nuestro suelo y entornadas por las ubicuas potencialidades, vergüenzas y desmesuras latinoamericanas. El paradójico nacionalismo de este desprendido

transeúnte se rezuma en sus juicios conmovidos y veraces sobre el hombre uruguayo y su óptica centrífuga; también la tácita acusación al Batllismo, artífice (según él) del Uruguay mediocre, gris, estancado o en constante regresión respecto a unas marcas que la suficiencia hace ver –todavía- como alcanzadas.